

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 31 de Diciembre de 1925

La Nochebuena en Bethlem

La emoción de la cristiandad

La ceremonia oficial

Por los siglos de los siglos, ciudad inmortal de Bethlem, serás hasta que para los cristianos suenen las profetizadas trompetas del Juicio final.

Todos los años se renueva en tu tantas veces suelo la fiesta gozosa del nacimiento del Niño-Dios y se celebra quizá no con todo el esplendor que el acontecimiento merece; pero si con la unción y el fervor religioso de quienes allí representan la cristiandad.

Los griegos, los ortodoxos, los armenios, los católicos, todos los cristianos aún no fundidos en el abrazo fraternal a que están llamados, se aprestan ese día de Nochebuena a proclamar la humildad del Niño-hombre y la divinidad del Niño-Dios.

El rescate de los Santos Lugares después de tantas cruzadas en la antigüedad y tantos acuerdos diplomáticos posteriormente, no se ha hecho más que a medias, pues aún están entre los territorios del turco infiel si bien en toda la Siria hay representaciones europeas que velan porque no se cometan atentados contra los cristianos y contra sus amadas reliquias.

En Belén, llamado por los turcos *Beit-La-Hem* una población que en la actualidad no contará más de ocho mil almas aunque allí fluyen espiritualmente

de enaltecer la humildad de la cuna de Dios-Hijo.

Turco, árabe y hebreo son los idiomas de los indígenas; pero se habla el inglés y el francés y aún el español por los judíos, habiéndose cuidado los respectivos gobiernos de fomentar su influencia y más aún las Congregaciones que han fundado en Belén núcleos representativos de importancia, hallándose entre estos dos conventos, uno de franciscanos, un orfanato católico, escuelas dirigidas por las Hijas de San José y Hermanos Cristianos, un convento de Religiosas Carmelitas, un hospital, etcétera.

Todas estas instituciones contribuyen a dar más realce a la ceremonia

de la celebración del Nacimiento que parte desde el mismo Jerusalén, donde se movilizan las representaciones oficiales y llegan a la víspera de Nochebuena a Belén para con toda magnificencia superar cada año el formidísimo del anterior con entusiasmos heterogéneos y conmovedores.

En Oriente los hijos de Abraham y cuantos pisan el suelo de Palestina conceden importancia suma y trascendental a las manifestaciones públicas en acto tan solemne.

El Alto Comisario le dá guardia un destacamento de caballería y una escolta de genizeros que con sus brillantes uniformes azul celeste bordados en oro, también jinetes en briosos corceles árabes, hacen brillar las armas ante la espléndida comitiva de creyentes y personalidades, peregrinos, religiosos de muchas órdenes y público que se congrega para ir procesionalmente hasta la Piedra de Elías.

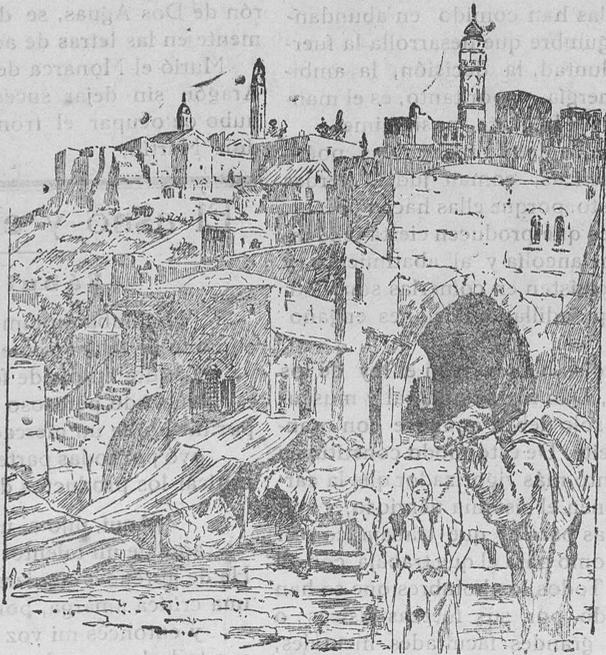
Allí los «cheiks» y los ricos de la ciudad reciben al Comisario empezando el besamanos al que se dá término con fantasías hipicas y seguidamente se emprende el verdadero cortejo procesional hacia la Iglesia construida sobre la gruta que conserva el sitio exacto donde estuvo el pesebre que dió cobijo al Niño.

Todos los espectadores, mujeres y niños inclusive que antes prorrumpían en exclamaciones, vitores y cánticos gozosos, enmudecen al llegar a la Basílica de la Natividad, sobrecojidos del respeto que impone la santidad del sitio.

En la escondida puerta que da acceso a la Basílica están el Prior y toda la

Comunidad franciscana que reciben a los altos signatarios de la Iglesia y autoridades civiles.

A las 10 dá principio el oficio nocturno con la misa pontifical, actos que terminan a la media noche en cuyos momentos el Patriarca conduce en sus manos un precioso niño de cera que se deposita en la gruta y se salmodia el Evangelio de la Natividad según S. Lucas. Al llegar al versículo «los días en que ella debía dar a luz se cumplieron» el prelado toma de nuevo el niño y lo coloca sobre la estrella de plata que hay en el fondo del nicho, continuando la ceremonia hasta la madrugada en que se canta el Te Deum.



Vista de Bethlem y Puerta de Jerusalem

Toda la población de Belén permanece en vela esta noche acampada al exterior de la Basílica hasta que al rayar el alba principian los festines y gaudeamus en los que abundan los huevos duros y las confituras.

Al abrir el día se permite la visita pública del interior de la Basílica, enseñando todas las reliquias del Nacimiento.

Esta es la noche santa en Bethlem. A la vista de la pobreza que acompañó al Niño-Dios, se observa el contraste de lo poco que se sigue su ejemplo santo de renunciación de las vanidades humanas; pero en cambio conforta el ánimo de las almas sensibles la reproducción de la escena como pináculo de gracia a la que hay que imitar para ser buen cristiano en la tierra y aspirar el premio del cielo.

H. OSMARI.

CUENTO PARA NIÑOS

“Caritativo por interés”

—No, hijo mío, no; eso que tú haces no es caridad; podría llamarse negocio. Lo que en tu alma ha despertado no es el noble sentimiento de la caridad, sino la avaricia, semilla de muchas maldades. Esta mañana, cuando ibas a la escuela, ¿desde el balcón cómo un mendigo te pedía limosna, y tú, indiferente a su dolor, has seguido tu camino, sin mirarle siquiera. En cambio, cuando esta tarde saliste conmigo de paseo, apenas se acercó un pobre le distes limosna. ¿Qué motivo te indujo a ello? La ca-

ridad, no, porque esta mañana me has demostrado lo contrario; pues entonces fué el negocio. Sabías demasiado que si dabas diez céntimos a un mendigo en presencia mía, yo, agradecido por tu buen comportamiento, te había de dar veinte. No trates de negarlo, porque te he estudiado muy bien.

Ahora te contaré una historia que puede servirte de ejemplo; escúchala, y que sus palabras surtan efecto en tu corazón, desviándolo de la mala senda que ha emprendido...

En el tiempo en que fué y en el lugar donde pasó, no lo sé a punto fijo; pero sí recuerdo el caso, que es lo más importante...

Había en cierta nación un Rey, cuya fama de bueno y bondadoso para con su pueblo extendíase por las cuatro partes del mundo. Un día queriendo poner a prueba los buenos sentimientos de su pueblo, decidió disfrazarse de mendigo, y bajo esta indumentaria, implorar caridad a sus súbditos, sin ser reconocido. Dió el caso que a cuantos pidiera le dieron, creyéndole un infeliz necesitado. Cuando esto sucedía, el Rey, dándose a conocer les recompensaba con una valiosa cantidad de oro. Y era de ver cómo se alegraba aquel justo Soberano al comprobar por sí mismo los buenos sentimientos que tenían sus vasallos; y se alegraba como se alegraría un padre al ver la buena crianza de sus hijos.

Todos estos sucesos ejemplares se divulgaron momentáneamente por aquel reino causando la admiración. Y hé aquí que llegó a oídos de un zapatero refrendón, más miserable que Nerón y más usurero que un mercader judío. Todos los anhelos de éste se hallaban concentrados en poseer una fabulosa fortuna; sentía una sed abrasadora hacia el oro, lo cual le inducía a hacer numerosas crueldades; si uno que otro necesitado le amparaba alguna mezquina cantidad —porque su caudal no llegaba a más,— él pedía triple de lo prestado. Como puedes suponer, el ya mencionado zapatero nunca fué caritativo; pero ahora que el Rey, disfrazado de mendigo, recompensaba tan espléndidamente a los caritativos, decidió hacerse tal. Y por la noche soñaba que el monarca llamaba a la puerta pidiéndole limosna, que él solícito le daba, y entonces, el Soberano al verle tan buen corazón, mandaba a sus criados que le llenaran la casa de oro.

Soñando e imaginando otras sandeces por estilo, propias de su avaricia, sucedió que un día, un mendigo pidió caridad a su pervertido corazón. Entonces, el zapatero, creyendo que era el Rey, le hizo pasar al interior de su casa con las mayores consideraciones.

—Espérese Vuestra Majestad un momento—dijo el avaro, así que se hubo sentado el pobre,—que vengo en seguida.

Y cogiendo todo el dinero que tenía se fué corriendo, a la par que decía para sus adentros: «Cuando más le observe, mejor me recomendará».

El mendigo se hallaba perplejo y su asombro creció más aun cuando vio aparecer al avaro, todo sudoroso, cargado con una infinidad de paquetes; apresuradamente los desenvolvió, colocándolo todo encima de una mesa. ¡Oh, ni un banquete político igualaría a aquella frugal comida! Allí había de todo: manjares de los más exquisitos; vinos de los más delicados; los mejores jamones, salsichas y otros mil objetos alimenticios. Dos horas después, de todo aquello solo restaba el cristal de las botellas y la porcelana de los platos, pues el mendigo, que había ayunado días anteriores sin estar anunciado en el calendario religioso, mitigó su hambre con aquel succulento banquete que tan inesperadamente se le brindaba.

—¡Qué Dios se lo pague, buen hombre!—dijo el convidado una vez que terminó de comer, disponiéndose a partir.

—¿Cómo que Dios me lo pague...?—replicó lleno de cólera el zapatero.—¡Su Majestad es el que me lo debe pagar con oro, con mucho oro!

—¡Este tío está loco, pero loco arre-matado!—y salió corriendo.

¡Pobre zapatero remendón! ¡Cómo loraba su riqueza perdida, él, que había creído que hacía un buen negocio! Todo era por culpa suya, por haber sido *caritativo*; ¡pero ya sabrían quién era él... Poco tiempo después llamaron a su puerta, fué el avaro a abrir, y vió que era otro pobre que le pedía limosna; lleno de rabia, con la boca espumeante, rugió:

—¡Miserable, vete de aquí si no quieres que te muela a palos!—y cerró la puerta de golpe.

Pero apenas lo hubo hecho, cuando volvieron a llamar, pero esta vez parecía un mandato, aquella llamada; una vez que el zapatero hubo abierto, si no cayó desmayado fué por milagro, pues el que ante él estaba era nada menos que el Rey, que le miraba duramente.

—¡Perdón, perdón a mí, que yo no sabía quién erais vos!—dijo el zapatero, cayendo de rodillas a los pies del Monarca.

No creas, maldito avaro, que te castigo porque me hayas ofendido a mí no; si lo hago, es por tu poca caridad para con tus hermanos. Yo te enseñaré a ser más caritativo.

Y a una señal avanzaron dos criados, que, provistos de fuertes látigos, los descargaron varias veces sobre las espaldas del zapatero.

Y así es como recompensaba aquel magnánimo Rey los malos sentimientos de sus súbditos. Y desde entonces, hijo mío, aquel zapatero remendón no fué más avaro, y si alguna vez intentaba contar su dinero por ver si con martingalas podía aumentarlo, antes contaba los cardenales que aún tenía en sus costillas...

ARSENIO OLCINA ESTEVE.
Alcoy, Diciembre de 1925.

Las legumbres y el carácter

Verduras que hacen poetas, generales y hombres de negocios.—Los guisantes, causa de divorcios.

En el Congreso Patológico que se celebró hace poco en París, se ha dado cuenta de hechos muy curiosos referentes a los vegetales y a los efectos que producen en la especie humana.

Tras de numerosos experimentos, han convenido los miembros del Congreso en que, si bien unos vegetales nos preservan de enfermedades, otros, y no pocos, causan efectos contraproducen-

tes. Según declaración de los congresistas, la patata es un buen alimento para jueces, magistrados y hombres de negocios, porque desarrolla las facultades del raciocinio y produce gran nivelación mental y serenidad de juicio. Pero no conviene abusar de las patatas, porque comiéndolas con exceso causan apatía, pereza e indiferencia. Los que las comen con método son más dados a la meditación que a la vehemencia.

Las zanahorias se recomiendan especialmente para los individuos que siempre andan disgustados, y son muy buenas para los biliosos y malhumorados. La ingestión continuada de zanahorias cocidas cura los celos, melancolía, la ira y los deseos de venganza. Todo el que coma zanahorias experimentará, al cabo de tiempo, un cambio completo de carácter, y se hará condescendiente, amable y afectuoso.

Las espinacas son buenas para los hombres de acción. Todos los grandes generales las han comido en abundancia. Es legumbre que desarrolla la fuerza de voluntad, la decisión, la ambición, la energía, y, por tanto, es el manjar ideal para la gente pusilánime.

Los que aspiren a tener ideas poéticas y artísticas, coman judías verdes a todo pasto, porque ellas hacen poetas. Lo malo es que producen cierta tendencia a la melancolía y al abatimiento, y los que persisten en comerlas son víctimas de pesadillas e ilusiones engañosas.

Las judías blancas son el rey de los vegetales, dan fuerza mental y muscula, pero solo deben comerse con manteca o aceite. De este modo constituyen un alimento más vigorizador que la carne. Reponen el sistema nervioso, y son tan buenas para el que trabaja con el cuerpo como para el que trabaja con el cerebro. Todos los hombres que se han distinguido por sus fuerzas físicas o por sus grandes facultades mentales, fueron aficionados a las judías.

Pero lo más curioso de todo lo dicho en el Congreso, es que los guisantes verdes son muy peligrosos. Desarrollan la frivolidad y hacen a las mujeres caprichosas y descuidadas. Todos los que comen guisantes, tanto hombres como mujeres, se vuelven ligeros de cascos, y si los comen con exceso no son personas de fiar.

Según los patólogos, los guisantes son la causa de la mayoría de los divorcios y escándalos por el estilo, que se registran en la alta sociedad.

Los Reyes de Aragón

Tan bien afirmada dejó el Rey Pedro IV la autoridad real, que pudo pasar la vida en continua fiesta su hijo y sucesor don Juan I, el *Amador de la gentileza*, único Monarca de la dinastía de Barcelona, a quien no molestó el peso de los negocios públicos (1387-95). Una dama valenciana, doña Carroza de Vilaragut, favorita de la Reina, dirigía las fastuosas diversiones, y también los asuntos del Estado, en aquella Corte amable y frívola.

Valencia no vió turbado su sosiego más que por el sangriento robo de la judería, explosión terrible de las iras populares contra la codiciosa y enriquecida raza hebrea.

Pero no podía durar la paz por mucho tiempo: educábase la clase noble para la guerra; llevar la mano a la espada era un instinto y su profesión; cuando no en defensa del reino o de sus pro-

pios derechos luchaba entre sí por fútiles motivos. Los famosos *Bandos de Valencia* dejaron atrás las enconadas contiendas de Montescos y Capuletos. Enemistáronse dos familias principalísimas, los Centelles y los Soler; agrupáronse a su lado otras muchas, y se convirtió la ciudad en campo de Agramante. Repetíanse los duelos, las emboscadas y los asesinatos; convertíanse las reyertas privadas en abierta guerra civil; había encuentros en el campo, con honores de batallas, como el de Llombay, y choques en las calles, que las dejaban sembradas de cadáveres, como el del Palau.

Poeta de aquella época fué un ingenio valenciano, Micer Domingo Maseó, cuyos entremeses se representaban en Palacio, y uno de los principales dignatarios de la casa de Don Juan, vicescanciller en las Cortes de Monzó de 1388. Otro noble valenciano, consejero también del Rey, Antonio de Vilaragut, barón de Dos-Aguas, se distinguió igualmente en las letras de aquel tiempo.

Murió el Monarca de la Corona de Aragón sin dejar sucesión directa, y hubo de ocupar el trono su hermano don Martín.

El asno y el espejo

(Fábula)

Meditaba un jumento el modo de lucir su entendimiento; cuando, en día de feria, cruzando perezoso por medio de un mercado bullicioso, oyó por todas partes criticar los productos de las artes.

«¡Aquí, dijo al momento, aquí de mi talento! He de aprender siquiera con trabajo una crítica amarga, por ejemplo, y entonces mi voz templo y a todo lo que salga se lo ecajo.

¿Qué importa no entienda de aquello que critique mi osadía? El caso es que se ofenda el autor de la pobre mercancía y adquiera yo a su costa nombradía.

El infeliz pollino para llevar a cabo su consejo, siguiendo su camino vino a parar enfrente de un espejo, y lanzando un rebuzno destemplado: «miren, gritó destemplado: Ahí dentro, ¡per mi vida!, la figura y su autor corren parejas, orejas le pintó... ¡pero qué orejas!...

Y rebuznó a seguida estupendos dislates, más luego, concluida la sátira infernal de disparates, miró fijo al tendero, quien le dijo con grave laconismo: «Estúpido, parlero, ¿no ves que te burlabas de tí mismo?»

¡A cuánto criticón de audaz talento se podría explicar lo de este cuento!

R. FERRER Y BIGNE

Los animales que viven en sociedad

Y en mejor armonía que muchos pueblos humanos Al mismo tiempo que muchas especies de animales tienen el mal gusto de comerse de unos a los otros, hay otras cuya vida se halla asociada a la de sus semejantes. Otro día hemos de hablar de las hormigas y de las abejas, cuya vida en sociedad es suficientemente conocida.

Foy se trata de hablar de aquellas especies de animales que tienen una unión estrecha, generalmente encaminada a la busca del alimento.

Se reúnen en grandes grupos, que son como asociaciones de cazadores o clubs de pesca. Los lobos, los chacales, los perros salvajes de Asia, las hienas, las zorras polares, no cazan nunca solos, sino que siempre se reúnen para sus aventuras. Hasta los leones, que suelen ser siempre individualistas y solitarios, se reúnen algunas veces en partidas.

Casi todas las familias de los monos hacen igual.

Los pelícanos tienen sus sociedades para pescar, formadas por bandos numerosos. Empiezan por elegir un sitio conveniente; luego se forman en semicírculo, en medio del río, y vuelve a la orilla, encerrando a los peces en su semicírculo y engulléndolos con la mayor tranquilidad.

Otro ejemplo admirable de asociación son las emigraciones. Pájaros que han vivido durante muchos meses en pequeños grupos disminuidos sobre un vasto territorio, cada uno en el sitio que ha logrado encontrar para su nido (y ya sabemos lo difícil que ahora resulta encontrar piso), se reúnen en un lugar determinado. Van llegando poco a poco, hasta formar una gran masa de plumas, como suele suceder con las golondrinas. Durante un período de días, se hacen exploraciones por algunos miembros de la expedición. Los demás esperan tranquilos.

Por fin, cuando están todos, llega la de salir volando, y ya hacia el Norte o hacia el Sur, según la estación, marchan en un grupo numerosísimo, en el que unos ayudan a los otros, atravesando los mares y afrontando las tormentas.

Es admirable como se auxilian en los momentos de apuro, como buenos amigos.

Otra de las grandes asociaciones de animales es la de pingüinos, que viven en numerosísimas reuniones, en verdaderas repúblicas. Su organización es tan perfecta que se da el caso, estudiado por algunos naturalistas, de que los pingüinos padres salgan en busca de alimento y dejen a sus hijos al cuidado de otro pingüino, que es como el profesor que vigila a sus alumnos, cuyo número nunca es mayor de ocho. Los padres al volver de la caza, o más bien de la pesca, destinan una parte de lo obtenido para el preceptor de sus hijos. No creáis que el papel de este preceptor es puramente pasivo, no. El preceptor, percatado de la importancia pedagógica de su misión, se pasea gravemente, reprendiendo con gritos agudos cualquier inconveniencia de sus alumnos.

Este maravilloso ejemplo de organización social, unido al de la vida común de gran número de especies zoológicas, muestra el gran instinto de algunos animales y su aproximación a la sociedad humana, muchas veces tan amigable y tan consistente.